

## LOS EXTRAÑOS CUENTOS DE AREVALO MARTINEZ

Por

ANTONIO PAGÉS LARRAYA

### INTRODUCCION

Bajo el nombre de *El hombre que parecía un caballo* (1914), cuento que da título a la colección, aparecieron también los siguientes relatos: *El trovador colombiano*, *Por cuatrocientos dólares*, *El hombre verde*, *Duelo de águilas* y *El desconocido*. Se trata de un grupo de historias muy desiguales en su concepción y estilo. El cuento que da título a la colección es, sin duda, el más logrado, el más interesante, y, en las palabras de E. Anderson Imbert es "el cuento más original de su generación"<sup>1</sup>.

Nos hallamos frente a un escritor que carece de bibliografía especial y si se exceptúan los círculos literarios selectos, Arévalo Martínez es poco conocido fuera de su Guatemala natal. Hombre tan extraordinario como sus cuentos, en una oportunidad le dio los siguientes datos sobre sí mismo a Arturo Torres Rioseco:

"En cuanto a datos biográficos sólo le puedo decir que nací en 1884, que casé en 1911, que tengo siete hijos, un cuerpo endeble hasta lo inverosímil (peso 94 libras), una neurastenia crónica desde los 14 años. Y nada más..."<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> ANDERSON IMBERT, E., *Historia de la literatura hispanoamericana*, Fondo de cultura económica, México-Buenos Aires, 1966, p. 89.

La neurastenia de Arévalo Martínez es muy importante para comprender sus cuentos en los que resaltan marcadas características del escritor neurótico de extremada y enfermiza sensibilidad (llegó a perder la palabra y la razón cuando vio parir a una gata) <sup>3</sup>.

Poeta, novelista, cuentista, director de la Biblioteca Nacional de Guatemala, es sobre el cuentista sobre lo que tratará este estudio. Poeta en prosa, en la que predominan metáforas exquisitas, símbolos oscuros, imágenes exóticas, vocabulario de riqueza oriental, con un ritmo entrecortado y desigual, que hacen de ella la mejor prosa modernista de su generación. Al leer a Rafael Arévalo Martínez se tiene siempre presente a Rubén Darío su fuente de inspiración estilística con proporciones sagradas, pues era Darío un Dios dentro de la religiosidad pan-teísta que caracteriza a Arévalo Martínez.

#### EL ANIMALISMO

El escritor guatemalteco, a pesar de su marcado modernismo, no ha perdido el contacto con el indio y sus creencias que explican en parte el animalismo o la psico-zoología de nuestro autor:

“Los indios (de Guatemala) creen que todo hombre posee un doble que le acompaña... a través de toda su existencia y que ese doble —un animal— participa de la esencia misma de su vida... El ojo del indio le permite ver (a Arévalo Martínez) al animal que nos sigue con presencia de ectoplasma.” <sup>4</sup>

Qué duda cabe de que todos somos animales y de que a pesar de nuestro barniz de civilización, a veces, nos comportamos como tales. Muchos seres humanos, llevados por su admira-

<sup>2</sup> TORRES RIOSECO, Arturo, *Novelistas contemporáneos de América*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1939, p. 412.

<sup>3</sup> *Ibid*, Torres Rioseco, p. 411.

<sup>4</sup> ALERGA, Fernando, *Breve historia de la novela hispanoamericana*, Ma-nuales Studium - 10, México, 1959, p. 131.

ción hacia un animal determinado, llegan a compenetrarse con él por medio de la imitación sea esta consciente o inconsciente. Galdós, al describir a muchos de sus personajes los compara con animales: Torquemada es una hormiga feroz; la tía Roma tiene ojos de pescado y cara de telarañas; Valentinito da alaridos de pavo real; el Sr. de Bringas es el ratoncito Pérez, etc.

Arévalo Martínez va mucho más lejos pues llega a crear un género nuevo en la literatura hispánica con sus relatos psico-zoológicos. Maestro en el arte de la caricatura, usa el animalismo como vehículo para expresar sus dotes artísticas.

“Arévalo Martínez escribe sus historias psico-zoológicas acerca de hombres que... le hirieron cruelmente. Sus cuentos son recriminaciones, despiadadas autopsias morales.”<sup>5</sup>

Estamos frente a un moralista que se expresa con “más dolor y amargura que humorismo.”<sup>6</sup>

#### OTROS ELEMENTOS

A su genial animalismo Arévalo Martínez añade sus ideas críticas sobre el arte de escribir cuentos (*El hombre verde*) y expresa también sus ideas estéticas y filosóficas que rompen el hilo de la trama con frecuencia. En algunos cuentos el autor se nos muestra sutil y delicado, en otros, como *Por cuatrocientos dólares*, va del modernismo a un realismo tan crudo que raya en naturalismo salpándolo todo con metáforas poéticas y símbolos modernistas.

El elemento surrealista no aparece en los seis cuentos pero sí aparece en la mayoría de ellos donde Arévalo Martínez usa de manera algo desenfadada imagen sobre imagen, metamorfosis de hombre a bestia y vice-versa. El mundo de imágenes del escritor guatemalteco nos hace entrar en una esfera fantástica

<sup>5</sup> *Ibid.*, *Alegría*, p. 132.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 132.

donde la fantasía tiene un tono triste y oscuro, nos lleva también hacia el mundo de los mitos, griegos o indígenas, y al mundo onírico del subconsciente. Arévalo Martínez maneja estos elementos como el más moderno de nuestros cuentistas, es un verdadero precursor del cuento moderno con *El hombre verde* y *El hombre que parecía un caballo*. En *El hombre verde* vemos un contraste entre lo fantástico y la realidad circundante que hacen de este cuento el más surrealista de la colección.

El surrealismo trata de romper la lógica dejando conceptos suspensos e incompletos que dan un aire extraño y misterioso a partes de los relatos de Arévalo Martínez. En *El hombre que parecía un caballo*, el escritor va mucho más allá del modernismo y llega al campo surrealista y ultraísta (muy posteriores a su época), en una serie de juegos humano-cuinos colocados en un nivel submental muy moderno.

Para alejarnos de la realidad circundante, Arévalo Martínez recurre al sueño o a la aparición que usa de manera sutil y no con mucha frecuencia, prefiere el uso de elementos extraños, de cosas raras y exóticas que el escritor coloca poéticamente dentro de un marco centroamericano. Arévalo Martínez no para en nada: orgías, homosexualidad, hombres como animales, animales como hombres, drogas, prostitutas, aventureros, pasiones desenfadadas, juego, etc., todo mezclado con belleza, poesía, música, imaginación, misterio y una marcada elegancia modernista. Todos estos ingredientes producen un excelente resultado.

Se pasará ahora a un estudio de los seis cuentos de la colección divididos en tres grupos siendo el tercero y último el más importante.

#### PRIMER GRUPO: *Duelo de águilas* y *El desconocido*

Estos dos cuentos son los de menor importancia y se comentarán brevemente. *Duelo de águilas* trata de la rivalidad entre dos músicos, dos titanes de las cumbres musicales, es decir, dos

águilas. Antonini, el gran músico italiano que visita el pueblo de Dula tiene que marcharse y de esta manera le deja a su rival, Conserje, el camino abierto hacia el corazón de Evangelina. En este simple relato hay elementos modernistas en los divinos sonidos musicales que surgen del Conservatorio de Dula, pero el modernismo dariano no resalta como en los cuentos del tercer grupo. El animalismo aparece en la comparación de los dos hombres con dos águilas que cuando se pelean parece que se traban del pico.

*El desconocido* trata de un duelo entre amigos que no llega a realizarse. Es un cuento corto de carácter psicológico en que Acevedo, protagonista principal, hombre serio ya entrado en años, descubre que él no es la persona mística y sensitiva que él cree ser sino que lleva dentro de sí a un “desconocido” que bajo la apariencia externa del hombre bueno y filosófico, que era Acevedo, se comporta de manera violenta como una *fierra cruel* (animalismo). El modernismo en el relato lo representa la bella Etelvina, personaje digno de Rubén Darío, joven y famosa artista, pura y espiritual a quien encontramos tirando al blanco con un grupo de hombres exuberantes y borrachos. Etelvina es la razón por la cual el sensitivo y maduro Acevedo da rienda suelta al “desconocido” que lleva dentro y al recibir el insulto de su amigo borracho reacciona como un *macho* frente a una *hembra* (Etelvina es testigo del insulto) y los dos amigos se desafían. Este duelo, que hubiera sido un verdadero suicidio para Acevedo, lo hace hacer un profundo examen de conciencia por el cual llega a conocerse a sí mismo y llega a la conclusión de que el “desconocido” es su subconsciente.

#### SEGUNDO GRUPO: *Por cuatrocientos dólares*

Arévalo Martínez nos cuenta esta historia en primera persona (los dos cuentos anteriores están narrados en tercera persona), sin embargo, el lector no está bajo la impresión de que el autor sea el protagonista. Es la historia de un joven que tie-

ne un "injerto negro"<sup>7</sup>, es decir, de un mestizo juerguista desafortado a quien su familia saca del trópico y envía a San Francisco a casa de un hermano casado para hacer carrera de él.

En San Francisco, el joven sigue una vida a tono con la brutalidad de los barrios bajos donde el adulterio y los desarreglos de toda clase parecen ser lo normal. A los veintiún años conoce a Recaredo Amenábar, poeta salvadoreño con quien entabla una estrecha amistad. Las relaciones entre ambos jóvenes son interrumpidas cuando el protagonista se enreda con Mercedes, hermana de Amenábar. Durante una borrachera los sabemos que Recaredo se marcha a Alaska en un barco que va dos jóvenes amigos se dan una tremenda paliza y poco después a pescar salmón. El marido de Mercedes, acompañado de un matón mejicano, va también en el mismo barco. Nuestro protagonista, acordándose de su estrecha amistad con el poeta decide también engancharse e ir a Alaska. Tenemos así un peligroso trío y el autor nos predice tragedia, sin embargo, el autor no vuelve a mencionar al marido de Mercedes y se concentra desde este momento en describir las condiciones del viaje y el carácter de la tripulación. Con rasgos de profundo realismo, el narrador nos presenta las condiciones de degeneración moral donde subsiste la miserable tripulación entregada al vicio desenfrenado. Los cuatrocientos tripulantes beben, juegan, fuman marihuana, practican el homosexualismo y los centroamericanos se reúnen a recitar poemas de Darío y otros que ellos han escrito. Esta situación, algo difícil de creer, puede ser la forma en que el autor establece al gran Darío como una deidad amansando a las fieras humanas que se hallan en aquel pozo de inmundicia.

Después de describir la pesca del salmón y cómo se conserva, después de hablarnos de Alaska con su sol de media noche, regresa el barco a San Francisco con su carga de degenerados (algunos han muerto durante el viaje) que se gastarán el poco dinero que cobran, en las casas de prostitución.

<sup>7</sup> ARÉVALO MARTÍNEZ, Rafael, *El hombre que parecía un caballo*, Editorial Universitaria, Guatemala, 1951, p. 55.

Este relato, bastante largo, nos ofrece muchos rasgos de interés. Aparece el primitivismo al presentar el autor la lucha del hombre con la naturaleza ya sea en el trópico centroamericano o en la fría y lejana Alaska. Al principio del relato los indios supersticiosos creen que el joven mestizo posee la *misteriosa* "piedra del venado" que con su conjuro atraía a los venados para que el joven cazador los matara hasta acabar con los venados de la región <sup>8</sup>. Más tarde, la tripulación se muestra animalista en su primitivismo al cometer excesos dignos de la imaginación de los modernistas más degenerados. Da una extraña sensación al lector el experimentar descripciones de brutalidad mezcladas con el refinamiento poético modernista.

Arévalo Martínez es desigual en su técnica y algo descuidado. En una oportunidad el narrador entabla un diálogo con el lector que hace recordar a *El casamiento de Laucha*. En este cuento el narrador trata de *tú* al lector al uso centroamericano, mientras que Laucha usa el *Uds.* preferido en la Argentina.

Es de interés el notar un resentimiento contra los yanquis cuando el narrador lamenta que aquella tripulación de desdichados de todas las nacionalidades, menos norteamericanos, sufren y son explotados para que en los Estados Unidos se pueda vender barato el salmón <sup>9</sup>.

El animalismo está presente aunque el autor no lo desarrolla como en otros cuentos. Entre los diez maricones que van en el barco, todos ellos mejicanos, va una pareja compuesta por "la yegua" y "el caballo". La tripulación es un puñado de "guanos de tierra" en el hielo fangoso de Alaska <sup>10</sup>.

Lo macabro, a veces mezclado con lo grotesco aparece en el hecho de que los tripulantes, ya en Alaska, duermen en cajas de muerto, como si la muerte les rondara recordándoles su corta y efímera vida. Cuando mueren dos mejicanos en el agua

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 70.

helada, dice Arévalo Martínez que no se les puede enterrar porque no hay tierra, todo es hielo, como consecuencia van a ser *enhielados*. Asisten al entierro o enhielo los maricas en su papel de mujeres lloronas que colocan sobre el pecho de los muertos ramos de florecillas de mora. En este ambiente fúnebre y grotesco da un largo sermón un sacerdote portugués completamente chiflado e ininteligible pues habla una lengua *extraña*<sup>11</sup>. Este entierro es una verdadera extravagancia.

La trayectoria que sigue el cuento es exótica de por sí. Empieza la historia en la selva tórrida de Centro América y va a parar a la lejana Alaska terminando en San Francisco.

Lo cosmopolita, tan característico de los modernistas, aparece en el relato representado por la tripulación de centroamericanos, mexicanos, portorriqueños, sicilianos, peruanos, griegos, portugueses, filipinos, noruegos, etc. Dentro de esta chusma, ¡los centroamericanos son siempre poetas!

Arévalo Martínez es un escritor profundamente religioso. A veces expresa su religiosidad de una forma panteísta y otras se siente místico; esto último pasa con menos frecuencia. Al contemplar el astro rey, el sol maravilloso de Alaska, el escritor lo compara con una rodaja amarilla o anaranjada de piña tropical que a veces deslumbra de tal manera que se transforma en un sol "azul", color favorito de los modernistas. Este sol puro y "azul" traspasa las almas como un dardo y al respecto nombra a Santa Teresa de Jesús<sup>12</sup>.

Un ambiente de locura desesperante prevalece entre aquellos hombres saturados de alcohol, marihuana y otros excitantes. El narrador contagiado por la locura decide suicidarse con Amenábar tirándose al agua como tantos otros<sup>13</sup>. Camino al suicidio los dos jóvenes entablan una discusión y se echan a dormir. De esta manera absurda e irónica el autor les salva la vida a los dos amigos.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 79.



TERCER GRUPO: *El hombre verde, El hombre que parecía un caballo y El trovador colombiano*

En estos cuentos, los mejores de la colección, el lector tiene la certeza de que el narrador (en primera persona) es Arévalo Martínez y así entabla contacto directo con el escritor.

*El hombre verde* es un cuento extraño dividido en dos partes. En la primera parte el narrador nos habla de la historia en sí, y, en la segunda parte del cuento nos cuenta cómo escribió esta historia.

Al leer *El hombre verde*, el lector, se encuentra en un mundo de realidad y ficción al mismo tiempo. Una realidad es el encuentro del autor-narrador con el joven que le cuenta su extraña historia. Pasamos ahora a la ficción, es decir, a la historia que le cuenta el joven al autor. Se trata del relato en que el joven es llamado *el hombre verde* porque su indumentaria y sus ojos son verdes. El joven conoce a Alicia, la prostituta sádica y lesbia que entabla relaciones con él. Ella lo mantiene y una noche cuando él venía a visitarla en su casa semi-vacía (misterio) unas manos invisibles le oprimieron el cerebelo hasta que el pobre muchacho perdió el conocimiento. Alicia lo encuentra y lo cuida; al saber lo sucedido cae al suelo murmurando con espanto: "¡Es ella!".

En esto consiste brevemente la primera parte del cuento. En la segunda parte nos enteramos que el joven poeta, que cuenta la historia al narrador, se llama Cornelio y que conoce al narrador.

Ya en la realidad, Cornelio quiere escribir el cuento sobre *El hombre verde* y obtener éxito literario, pero no puede. Teme que alguien le robe su extraño relato y en su obsesión quiere matar al que le haya oído contar la historia y se atreva a escribirla. Con todo y con eso, el manuscrito escrito por Cornelio es muy malo, se le han olvidado hasta los puntos culminantes de la trama y el narrador tiene que refrescarle la memoria.

No sabemos a ciencia cierta si la historia de *El hombre verde* es ficticia o no y empezamos a sospechar su autenticidad cuando Cornelio mismo admite que él no sabe lo que es realidad ni lo que es ficción. El narrador-autor toma esta oportunidad para decirnos que eso le pasa a muchos artistas y a casi todos los degenerados. (Con esto llego a la conclusión de que el mundo de Arévalo Martínez está dividido en personas de sensibilidad artística y en degenerados).

A la mañana siguiente volvemos a la realidad. Cornelio, mas bien beodo, confiesa que su historia no es ya su historia pues cuando quiso escribirla oyó la voz del narrador aclarándosela y dictándosela :

“Cada vez que tomaba la pluma sentía como una negra mano gigantesca, erizada de horribles garfios a manera de uñas, que recogía mis palabras y reclamaba su posesión...”<sup>14</sup>.

El narrador trata desesperadamente de ayudar a Cornelio para que no se vuelva loco del todo y decide escribir por y para Cornelio *El hombre verde*. La realidad y la tragedia del caso es que el cuento nunca será de Cornelio por la sencilla razón de que no es capaz de escribirlo. Cornelio debe conformarse con ser un *mal actor*<sup>15</sup>.

*El hombre verde* es un relato originalísimo en su concepción. El animalismo aparece en el hecho de que Cornelio tenía cara de chacal, de ojos verdosos, que actúa como fiera enjaulada y ruidosa, con revólver en la cadera (las mandíbulas del chacal). Cornelio no se siente chacal, el animalismo estriba del punto de vista del autor.

Al final de la historia de Cornelio, cuando perdió el sentido, se ve que Cornelio es un desequilibrado y que en su mente todo esto pudo ser realidad para él. Es imposible pensar que dos manos femeninas aprieten el cerebelo de un joven y lo hagan desmayarse. El lector nunca sabe lo que pasó.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 94.

En este cuento hay gran originalidad puesto que se habla del cuento dentro del cuento, de una ficción o realidad dentro de realidad, si se quiere. Alicia es más misteriosa que Cornelio que no es más que un exaltado poeta centroamericano de los muchos que abundan.

En esta historia hay simbolismo surrealista: el hacha y la piedra se encuentran = Cornelio y Alicia, dos degenerados.

*El arte no se hace por restas*, dice Valencia en el transcurso del cuento <sup>15</sup>, y se refiere a que de todo lo que contó y escribió Cornelio sobre *El hombre verde* sólo pudo salvarse una frase de cada diez. El escritor, dice Arévalo Martínez, debe de hacer una selección del material aprovechable, excelente consecritos.

#### EL HOMBRE QUE PARECIA UN CABALLO

Es este cuento una pequeña obra maestra que no tiene desperdicio en cuanto a imágenes, metáforas, prosa poética y modernismo de la más alta calidad que impregnan página tras página. Habría que reproducir totalmente el cuento para poder analizar todos sus elementos.

En un espejo o pozo sin fondo, el narrador ve los elementos clásicos y modernistas de la poesía del Sr. de Aretal. El narrador-autor se ha asomado al alma del Sr. de Aretal y de esta manera las dos almas se compenetran: "Es una cualidad de las cosas alucinadas el ser a su vez alucinadoras" <sup>16</sup>. Al principio del relato el Sr. de Aretal aparecía como un mensajero *inconsciente* que prodigaba el bien y no lo tenía consigo" <sup>17</sup>. Pronto, el narrador se da cuenta de que el Sr. de Aretal es un hombre falso y empieza a ver primero la sombra de un caballo, más tarde verá al animal.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 12.

En un simbólico juego de colores en el que aparece una tercera persona, los tres empiezan a beber. El alcohol se interpone entre las almas del narrador y del Sr. de Aretal. El autor, escritor modernista por excelencia, tiene el alma *azul* y la del Sr. Aretal también es *azul* hasta que llega el nuevo admirador que tiene un alma roja y chata (como la adulación) y el alma del Sr. de Aretal pronto se transforma también en una roja y chata, como la del amigo que se ha sentado a beber con él. De esta ingeniosa manera demuestra el autor la falsedad del Sr. de Aretal. Ahora hay dos almas rojas y chatas que empiezan a contagiar la suya azul y pura con sus groserías y bajezas. Viéndose teñido de rojo el narrador decide romper sus relaciones artísticas con el Sr. de Aretal.

A través de sus contactos con de Aretal el narrador empieza a conocerse a sí mismo; el autor "iba a él obedeciendo leyes inexorables"<sup>18</sup>. Ahora el narrador empieza a ver al Sr. de Aretal como a un hombre-caballo puesto que cuando recitaba "estiraba el cuello como un caballo"<sup>19</sup> (primera visión del caballo). A partir de esta primera visión el narrador lo ve caer, moverse, etc., como hacen los caballos. El Sr. de Aretal es un caballo rojizo, con el alma roja y chata y con un ojo rojo pues se le ha roto un vasillo (rasgos en común con *El hombre verde*). Aretal era una especie de *camaleón* pues se coloreaba de todos los matices que le rodeaban por bajos y sucios que fueran. Cuando lo acompañaba mala gente el Sr. de Aretal no era buena persona<sup>20</sup>. En contacto con la adulación, mujer madura, "chata, gorda y baja... de espíritu rastreador y humilde"<sup>21</sup> de Aretal se transforma en un caballo de alquiler, sin personalidad alguna, porque "se dejaba montar por cualquier espíritu"<sup>22</sup>, es decir, un poeta prostituido por su público, un caballo de circo que divierte a sus admiradores que lo adulan:

"—Sí: es cierto. Yo, a Usted (al autor) que me ama, le muestro la mejor parte de mí mismo... mi dios interno. Pero,

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 20.

es doloroso decirlo, entre dos seres humanos que me rodean, yo tiendo a colorearme del color del más bajo. Huya de mí cuando esté en mala compañía”<sup>23</sup>.

Le dice el narrador que como no es hombre sino caballo no conoce ni el amor ni la amistad pues el Sr. de Aretal no tiene ni “pudor con las mujeres, ni solidaridad con los hombres, ni respecto a la Ley... ”<sup>24</sup>.

Lo interesante de este hombre-equino es que pronto él mismo empieza a animalizarse y a sentirse parte íntegral de la naturaleza. Al final del relato, de Aretal se porta como un verdadero caballo y le da a nuestro autor, que dice que lo ama, una tremenda coz en la frente y se va galopando por el *desierto* (desierto simbólico del vacío en que vivirá).

El final del cuento es sumamente complejo pues el autor nos ha dicho y descrito que de Aretal tenía cara de caballo y al final es un Centauro con resto humano. Puede ser que el hecho de que le ha dado la coz al autor que tanto lo había insultado lo haya humanizado dándole facciones de ser humano pero permaneciendo con cuerpo de bestia... esto queda por interpretar.

Lo más interesante en este cuento es el animalismo. El Sr. de Aretal con su cabeza ladeada como los caballos<sup>24</sup> y el narrador con sus antenas (animalismo simbólico) que ayudan al autor a descubrir la verdadera personalidad equina de Aretal.

Para ponerse a tono con los versos del poeta colombiano (de Aretal), el autor abre su cola de pavo real que armoniza con los colores de las piedras preciosas con que compara los versos, y con la vestimenta de corcel medieval con que viste de Aretal<sup>25</sup>.

En una ocasión las relaciones entre de Aretal y el autor están representadas por dos mariposas fecundándose, imagen romántica y algo cursi, que llega a su fin cuando el autor salta de la poética mariposa al caballo rojo.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 10.

De Aretal llega a animalizarse a través del relato hasta tal punto que se siente caballo y llega a estar orgulloso de ello.

Entre las imágenes surrealistas que más resaltan contemplamos al narrador deslumbrado por los preciosos poemas del Sr. de Aretal, extendido en el suelo como una sábana blanca (símbolo de pureza juvenil) para impregnarse mejor de su poesía. En estos primeros tiempos de su amistad con el poeta vemos que el autor lo considera un verdadero *Mesías* que más tarde de manera irónica se transforma en caballo <sup>26</sup>.

El misterio es parte de la imagen surrealista que a veces no se puede explicar claramente. El ritmo de los poemas de Aretal se extendía a tres mundos. Será posible que el autor se refiera al mundo animal, vegetal y mineral? Después de todo él es un caballo, sus poemas son piedras preciosas y están inspiradas por el señor de las Rosas (Darío).

Los ópalos, amatistas, esmeraldas, rubíes y otras piedras preciosas simbolizan la poesía preciosista de de Aretal. Rubén Darío está presente a través de la magnífica prosa modernista de Arévalo Martínez.

El elemento onírico aparece en la historia cuando el narrador y el poeta huyen de la realidad en un globo que se va por el aire para pronto regresar a la habitación del hotel de Aretal a la hora del almuerzo. . .

Hay mucho que estudiar en este moderno cuento psico-zoológico, a manera de explicación se dice que el nombre caballo existió y que era un poeta colombiano que había sido amigo del autor <sup>27</sup>.

La prosa de Arévalo Martínez es fina, elegante y original. El relato es desconcertante y simbólico donde se ve envuelto en misterio el desdoblamiento de una amistad entre artistas que empieza por ciega adoración y acaba con la coz en la frente del autor, que también da coces a su manera, por medio de palabras cortantes.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>27</sup> *Ibid.*, *Alegría*, p. 132.

El último cuento que se comentará es *El trovador colombiano*, escrito con cierto desecuido y sin un plan aparente.

El trovador del título es un perro poeta amigo fiel del señor de Aretal. Con este motivo, el autor dedica muchos párrafos a los perros y a propósito de ellos nos habla de Nietzsche, de El Greco, y de todo lo que le viene a su exaltada mente de poeta. De los perros pasa a los conceptos más complejos y de ellos vuelta a los perros.

“Hay perros degenerados: esas son malas especies de hombre, digo, de perros, de los que no hay que acordarse: a los que hay que olvidar como hay que olvidar a ciertos perros, digo a ciertos hombres”<sup>28</sup>.

León Franco, nombre apropiado para perro grande y leal, es el trovador colombiano a quien calumnian los perros porque se aproxima al hombre y a esto añade el autor: “así como el artista es el calumniado (por aproximarse a Dios); porque va a volverse Angel”...<sup>29</sup>. León Franco, perro poeta por excelencia es despreciado por el resto de los grandes y útiles perros porque es un parásito.

Este “perro grueso que se había tragado un jilguero”<sup>30</sup> (imagen de acertado conceptismo), abandona al Sr. de Aretal y adopta al autor como dueño. Este cambio de parte de un perro poeta indica que con su inteligencia canina ha descubierto que el Sr. de Aretal es un vulgar caballo y que él quiere que su amo sea un verdadero hombre.

Hacia el final de este largo cuento, Franco decide marcharse a Honduras y decide invitar a sus amigos a una comida colombiana en su *cubil*. Bebieron tanto que León Franco perdió el control y siguió bebiendo una semana más hasta que se bebió el precio del pasaje. Más tarde, por fin, León parte para “la adorante Honduras”<sup>31</sup>. Su ausencia se vuelve presencia en el alma del autor que lo extraña y lo presente aunque está en “una calleja vecina”<sup>32</sup> (Honduras).

<sup>28</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 30.

<sup>29</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 31.

<sup>30</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 38.

<sup>31</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 51

El animalismo es muy marcado en este cuento, primero por el genial retrato del perro poeta y segundo por el autorretrato del autor:

“...mi arquitectura de ave acuática... (de) ridícula (y) prolongada nariz de ave, mi pequeña cabeza inclinada hacia adelante, mi plumaje gris y mis patas de flamence... (y mis anteojos de oro...”<sup>33</sup>

Más tarde continúa el autor hablando de sí mismo:

“Yo traigo al mundo una revelación de aves y aún no hallé un alma gemela de grulla que me escuche...”<sup>34</sup>.

En este relato el autor intercala pequeñas anécdotas y comentarios personales que no añaden nada a la historia de León Franco. Después de muchas páginas y complicaciones se llega a la conclusión de que el relato en sí carece de trama.

Un pasaje de interés, por su colorido modernista, es la orgía en la que los cinco poetas participantes se entregan a la bebida y a otros excesos. El autor de manera franca y hasta cándida nos confiesa que él era el más loco de todos y el más borracho, pues a manera de grulla de patas esqueléticas y sedoso plumaje se subía a los respaldos de las sillas<sup>35</sup>.

Siempre religioso, la religiosidad surge con mucha frecuencia, Arévalo Martínez presente a Dios. En una oportunidad nos confiesa que él es un pobre perro “que tiene su amo en el cielo”<sup>36</sup>. Por medio de una aparición o sueño, Dios le dice al autor que cuando murió un hombre y su perro, al perro lo hizo hombre y al hombre lo hizo poeta, lo que los dos más admiraban.

En realidad, no se trata de un cuento sino de un retrato de un poeta con facciones de perro y espíritu canino. El ambiente del relato es bohemio y modernista, se hace sentir la eterna presencia de Rubén Darío. El animalismo, el panteísmo, el

<sup>33</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 51.

<sup>34</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 47.

<sup>35</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 48.

<sup>36</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, pp. 46-48.



surrealismo y todos los demás elementos son simplemente el vehículo para que Arévalo Martínez demuestre su destreza técnica y su extraordinario léxico. Al escritor guatemalteco le atraen los juegos de palabras y de imágenes, por ejemplo, en un pasaje del cuento confundido, a propósito, la mano con la boca diciéndonos: “nos mojamos las manos [con vino], es decir, las bocas”<sup>37</sup>.

Repetidas veces el autor se olvida de León Franco y a la manera de los escritores del siglo XIX repite “volvamos a León Franco”<sup>38</sup>, y, en otra ocasión nos dice “acabemos de prisa este cuento, que si no queda en el limbo que lloró Bécquer... si no concluyo esta historia hoy... no la concluyo nunca...”<sup>39</sup> palabras de las que debo aprovecharme yo mismo y concluir este largo estudio.

<sup>36</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 31.

<sup>37</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 46.

<sup>38</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, pp. 30, 32, etc.

<sup>39</sup> *Ibid.*, Arévalo Martínez, p. 33.

